

Crónicas latinas (fragmento)

Latin chronicles

Fausto Maria Martini (Roma, 1886-1931)

Traducción de Carlotta Bonsegna

* Fragmento del texto autobiográfico *Si sbarca a New York* (Mondadori, Milán, 1930).

Traducción recibida el 15/05/2019 y publicada el 015/11/2019



Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License

RESUMEN: Fausto Maria Martini nació el 14 de abril de 1886 en Roma, ciudad en la que falleció en 1930. Su obra como poeta, crítico y dramaturgo se inició con la publicación de la colección poética *Le piccole morte* (1903), libro que supuso su incorporación a la nómina de la entonces naciente escuela de los crepusculares. Dentro de los parámetros del movimiento publicó otros dos conjuntos de poemas *Panem nostrum* (1907) y *Poesie provinciali* (1910). Tras la muerte de su amigo Sergio Corazzini en 1907, realizó un viaje a América, experiencia que sería la base sobre la que escribió *Si sbarca a New York* (1930) y en la que traza algunos de los más sentidos retratos del amigo desaparecido.

Palabras clave: Fausto Maria Martini; crepuscularismo; poesía; traducción

ABSTRACT: Fausto Maria Martini was born on April 14, 1886 in Rome, the city where he died in 1930. His work as a poet, critic and playwright began with the publication of the poetic collection Le piccole morte (1903), a book that meant his incorporation to the group of the Italian crepuscularism. Within the parameters of the movement he published two other collections of poems Panem nostrum (1907) and Poesie provinciali (1910). After the death of his friend Sergio Corazzini in 1907, he made a trip to America, an experience that would be the base on which Si sbarca a New York (1930).

Keywords: Fausto Maria Martini; crepuscularism; poetry; translation

I.

Volvió convencido de que solamente entre sus amigos él recuperaría su plena serenidad y que su espíritu gozaría de un inmediato alivio en cuanto hubiera recuperado las costumbres de un tiempo, aquellas en las que Sergio, tranquilizado, solía acomodarse según la única forma posible de certidumbre permitida para su vida. Cotidiana certeza; y el enfermo parecía agarrársele tanto más tenazmente cuanto más sentía otra escaparse.

Este convencimiento se lo leímos en su rostro cuando lo vimos bajar del tren, ese tren junto al que Alfredo nos había convocado a casi todos, y también se lo leímos inmediatamente después, cuando le encaramamos a una carroza a la que subimos nosotros cuatro poniéndonos a su alrededor embocando la primera calle de la ciudad, juntos. Sus ojos iban corriendo por todos lados, sin descanso, de las personas a las cosas y luego miraba a la calle, cuanto más lejos posible, mejor; cada uno de nosotros percibía que esta reaparición del sentido de poseer Roma había encendido en el adolescente una inquieta exaltación, como si su ausencia no hubiera durado dos meses solamente, sino un tiempo infinito en países lejanos. Nuestro joven poeta, de sangre romana, parecía intensificar su trepidación según la carroza, procedente de los suburbios relucientes, desvestidos e indiferentes, se internaba en calles siempre más apartadas y oscuras, dirigiéndose hacia las del centro, familiares para él, y que en esa tarde de julio estaban llenas de sombra húmeda y fresca, como si la intrincada estructura misma de ese punto de la ciudad las protegiera de los bochornos del sol del verano circunstante: en la desembocadura de cada una de estas calles, siempre más cercanas a la de su casa, se veía Sergio resplandecer, mientras su boca parecía saborear esa sombra como la pulpa de un fruto dulcísimo. Poco a poco dejaba caer alguna palabra en voz tan baja que casi no le oíamos, tanto que se habría podido decir que el adolescente estaba conversando con un misterioso espíritu local, reconocible solamente por él mismo.

Pero dicha exaltación nos provocó algo de angustioso, como un escalofrío que a partir de sus extremidades se propagaba en las nuestras, que lo apretaban por todos lados y en las que él se sumergía como en un hogar. Como siempre, fue Gino quien, con una broma, intentó interrumpir la absorta meditación de Sergio señalándole una gran maleta roja que vacilaba en cada tumbo de la carroza y que el cochero estaba obligado a reponerla incesantemente en equilibrio ya que estaba colocada a su lado en el asiento, le preguntó:

– ¿Maleta llena de reliquias de amor?

Sin embargo a Sergio no le agradó aquella alusión. De hecho se le demudó visiblemente el rostro y con su silencio impuso el silencio a todos nosotros. Ni en ese primer encuentro después de su larga ausencia, ni en los siguientes, se volvió nunca sobre ese argumento que Sergio ocultaba con celoso pudor, tanto porque él consideraba esa circunstancia carente de relieve, como –hipótesis mucho más admisible por quien conocía a Sergio de manera profunda– porque le habría parecido nada menos que ofender la pureza de nuestro amor por él, mezclándolo con amores de otras naturalezas e insignificantes, detrás de los cuales corrían los chicos de su edad.

Él también, por un momento, pudo calentarse con aquel amor; una de las cartas que mandó a Alfredo testimoniaba precisamente aquella fiebre, pero ahora que, una vez regresado entre nosotros, sentía reconstruido a su alrededor su auténtico y único

refugio, reputaba como su deber el hecho de hacerse perdonar por nosotros por aquella lejanía y por aquella aventura que asociaba a una traición. O quizás, dentro de sí mismo, e incluso de manera incomprensible, se afligía por haber ofendido las criaturas puras de su fantasía, las amantes imaginarias que no sabía cómo llamar sino mediante nombres vagos e insustanciales, las que se encuentran en sus versos “hermana, alma, niña querida” –vocativos desesperados proferidos por un muchacho ronco en el borde del abismo– cotejando esas imágenes oníricas con una mujer concreta, pues sentía que tenía que ser castigado a causa de una audacia no admitida por su suerte, la cual imponía a su propia juventud la perpetua penumbra de un limbo y el alejamiento de toda realidad.

Sergio se nos mostraba apartado, asimismo, de las realidades más cercanas, las que siempre se incorporaban a su vida y que inevitablemente determinaban las vicisitudes; resignado a ese aislamiento debido a la conciencia de que no habría tenido el tiempo para juntarse con ellas con indefensión y espontaneidad quienes caracterizan el pleno disfrute de la vida por parte de la adolescencia, y persuadido de que era mucho mejor consagrarse solamente a aquellas realidades forjadas por su pensamiento y destinadas a extinguirse con él.

En efecto, ese mismo día tuvimos una prueba cuando Alfredo y yo le acompañamos a su casa, ya que asistimos al encuentro de Sergio con su madre, a la que él no veía desde hace dos meses. Le había omitido el horario de su llegada, probablemente para no obligar a esa mujer enferma a salir de casa en una jornada tan sofocante, o por estar solo con sus amigos a la hora de su regreso a la ciudad; sin embargo la señora Lina había visto, a través de la ventana, la carroza acercarse hacia el edificio. Así es que en cuanto entramos en el portón oímos la voz de ella que llamaba a Sergio desde arriba y, bajada la primera escalera, el ruido de sus pasos acelerados en dirección a nosotros produjo un fragor de pequeños ecos que se repercutían en los rellanos desiertos.

Instintivamente nos apartamos en el momento en que la señora Lina abrazó a su hijo. Vimos a Sergio besarla dos veces y distanciarse prontamente, quizás con el fin de mirarla bien a la cara y darse cuenta de su estado de salud. Con toda seguridad lo hizo por esto; pero de esta manera, Sergio, que sin duda amaba a su madre con mucha delicadeza, inmediatamente interrumpió toda efusión de afecto a la que la mujer se habría abandonada con mucho gusto, pues por un momento le temblaron el rostro y las manos por no haber podido encontrar su desahogo. Sólo un momento: lo suficiente para que la señora Lina pudiera absorber esa falta de ternura y volver a adoptar la actitud dolorosamente recatada que solía exhibir en tales circunstancias. Todo lo que Sergio quería de su madre era sólo un brazo para que ella lo ayudara a subir escaleras. Se apoyó con el derecho, mientras con el izquierdo se agarraba al brazo de Alfredo; y yo, entretanto, a petición de la señora, me fui para abajo para preguntar la razón por la que el conserje todavía no había subido la maleta que le habíamos dejamos en frente de su cuchitril. Desde allí los ví que seguían subiendo de esa misma manera. Alfredo se había quedado un poco atrás, tal vez para dejarles más libertad para conversar sobre algo personal y, puesto que la escalera de ese típico edificio del casco histórico de Roma era, en el primer tramo, oscura y húmeda como la de un sótano para luego iluminarse de tramo en tramo mediante el tragaluz, esa madre y ese hijo parecían arrastrar hacia un pequeño cielo espectral y esconderse lentamente.

II.

Sergio se extrañaba en cuanto cualquiera de nosotros (y era suficiente el mínimo esbozo) le llamaba al mundo de sus sueños y de los nuestros...

Había que ver cómo estaba de entusiasmado la misma tarde de su llegada cuando, reunidos todos después de la cena, Alfredo le relató sus conversaciones con el tipógrafo (dueño de una pequeña imprenta escondida dentro de un patio de la calle Tomacelli y desde hacía tiempo especializado en la publicación, financiada por el autor, de versos¹) que en esos días estaba imprimiendo *Libro per la sera della domenica*, enseñándole luego algunos patrones de papel y ejemplos de caracteres tipográficos para que Sergio pudiera elegir el tipo de portada, el tamaño del título, y del nombre... Palpaba aquellos folios de papel de Fabriano, con placer casi sensual, le ofrecía; y mientras discutía con Alfredo y conmigo sobre las diferentes posibilidades de elecciones tipográficas, sus ojos resplandecían con esa luz que brilla cuando se alcanza una meta.

Sin embargo, después de muchas noches, en una mesa del Café Aragno –donde justo en ese tiempo nos instalamos ocasionando infinita aflicción al pobre Pinotto del Café de Madama Sartoris, donde el cenáculo se solía reunir en torno a Sergio–Donatello, tras un largo silencio lleno de misterio, por fin le dio la gran noticia:

– ¿Te has enterado? Hemos decidido fundar una revista para llevar a cabo nuestras batallas artísticas y publicar así lo que escribimos: una revista que tú gestionarás y cuyo primer número se abrirá con una poesía tuya. Después de ésta, a partir del primer número, estarán todas nuestras prosas y poemas: por mi parte, un soneto en elogio de Don Giovanni Boccaccio que comenta Dante; por la de Alfredo, una página deliciosa titulada *Marfil antiguo*...

Alfredo, que era el más mayor de la compañía y a la vez el más tímido, oyendo el adjetivo utilizado por su compañero, se ruborizó y bajó la mirada:

– Mírale: se pone rojo como un tomate porque elogio su obra... tenemos que ser nosotros mismos los primeros satisfechos por nuestro trabajo de artistas, de lo contrario...

Y enseguida volvió a enumerar sus propósitos.

– Fausto, una interpretación suya de Wagner....

Aquí Gino sonrió, anticipando visiblemente la objeción de Sergio, el cual sabía lo mucho que yo estaba desprovisto de erudición musical, pues llegados a este punto del proyecto se había quedado un poco desconcertado; mientras que yo, listo:

– Que no, Sergio: no se trata de una obra mía original; simplemente he traducido la famosa página de Mallarmé. Es conveniente que el nombre de un magnífico poeta como el de Mallarmé figure en el primer número de una revista de poetas jóvenes y de defensores de la poesía: de la poesía pura...

Si me hubieran preguntado la razón por la cual clasifiqué a Mallarmé como magnífico poeta, habría estado avergonzado de contestar. De hecho, yo había empezado a estudiar a ese poeta desde hacía poco, y para mí, la mayoría de su poemas seguían siendo un misterio; además, algunos esfuerzos de traducir al italiano ciertas prosas suyas, que parecían más accesibles respecto a los versos, me habían provocado un agotamiento angustioso. Pero esa misma oscuridad y esa misma angustia tenían su propia fascinación, tal como debía de tenerla ya sólo el nombre del simbolista francés, del cual en esos tiempos se hablaba mucho en de los cenáculos de

¹ Allí estaba ubicada la tipografía Battiferri e Pinci, donde se imprimieron las *Crónicas latinas*.

los amantes de la poesía. Al oír ese nombre todos se callaron, desconcertados. Donatello reiteró:

– Ya, Mallarmé... Stephane Mallarmé... Cuando yo estaba en París...

Pero no había garantía de que aquel silencio suspenso escondiera pensamientos llanos y claras razones admirativas. En efecto, el compañero cambió de tema inmediatamente y volvió a hablar de la revista.

– También está *La casa de las golondrinas*, acto único de Alberto, el cual ha encontrado un buen título para su comedia, aunque aún no ha decidido el nombre artístico que le dará. Yo le sugerí *Vettor Celdauro*. Bonito, ¿no te parece, Sergio? Todo un vuelo este nombre...

Sergio seguía callado, atropellado por ese torrente de palabras, entretanto, Alberto se agitaba debajo de esa cúpula de aire y de oro que la fantasía de Donatello le había colocado sobre la cabeza y se veían, detrás de las lentes, los ojos del joven revoltar a la manera de unas mariposas acostumbradas a un cielo mucho más modesto y desorientadas a causa de esa imprevista invasión del horizonte.

Sin embargo, Donatello estaba presionando, forzado esta vez por la presencia de un chico que había aparecido justo en ese momento en la sala y que se quedaba al margen en una actitud de timidez con la que contrastaban la audacia impetuosa del rostro muy joven, iluminado por dos ojos dinámicos bajo un espeso pelo negro, y todo el vigor desbordante de la persona.

– Y tenemos una prosa crítica sobre el teatro dramático, debida a nuestro nuevo compañero al que había prometido presentarte, Sergio, en cuanto hubieras vuelto. Aquí está. Ven, Antonello²....

Más tarde le dijimos a Sergio en voz baja, cuando el otro por fin se acercó, aunque seguía sosteniendo el sombrero en la mano como el colegial frente al maestro:

– Su nombre verdadero es Antonio; pero cuando escribe firma como Antonello. Es escritor de raza, ya sabes. Temperamento crítico de primera clase: un sardo entusiasta de tus poemas. Se sabe *Il calice amaro* de memoria...

La timidez del nuevo adepto pareció impresionar a Sergio, quien inmediatamente le extendió su mano y le dijo:

– Ven, Antonello, siéntate aquí. Eres amigo de todos ellos: amigo mío, por lo tanto...

El otro se sentó al lado de Sergio; pero para entonces no podía decir ni una palabra. Observaba a Sergio y rápidamente volvía la mirada hacia otro lado, para que nadie pudiera enterarse de la conmoción demasiado profunda producida por aquel inesperado tuteo. Finalmente Donatello pudo concluir:

– Pero aún no te he dicho el nombre que le vamos a dar a la revista. Editamos en Roma, la llamaremos: *Cronache latine*. Y tampoco te he dicho que ya tenemos una redacción: la casa de Fausto. Él nos va a alojar.

Sólo entonces Sergio se atrevió a hacer una objeción, en la que evidentemente estaba pensado desde que Donatello había empezado a exponerle el proyecto:

– Pero, ¿de dónde se saca el dinero para todo esto?

Y Donatello, preparado:

– Para el primer número ya lo tenemos. Lo juntamos como pudimos, a la buena, nosotros mismos; cada uno su propia parte. Muy a la buena: yo, con la habitual letrecita de cambio a tres meses, ya que en casa en estos tiempos se han apretado el cinturón; Fausto vendió casi la mitad de la biblioteca de su padre: todas

² Antonio Caprino, nacido en Cerdeña, en Sassari, en 1886, se trasladó a Roma con su familia donde se licenció en Derecho. Participó activamente en la experiencia de las *Crónicas latinas*.

las obras de Padre Tosti³, si no me equivoco...Y también Corrado, que ha vuelto a retirarse en Ferrara, ha enviado su parte, su aporte a la idea... ¿Qué no se hará por la poesía? En cuanto se publique el primer número, las suscripciones y la venta servirán para seguir adelante...

Estuvieron hablando de ello toda la noche, y Sergio fue informado también de otro hecho. Nuestras intenciones fueron tenidas en cuenta por escritores de renombre, entre ellos destaca Giuseppe Vannicola –un tipo extravagante, entre el gran señor y el asceta, conocido como un refinado experto de la poesía, exquisito traductor de Wilde y excelente violinista⁴– a quien, desde la época del café de Madama Sartoris, habíamos visto muchas veces cruzar la sala, sujetando a un monstruoso *bull-dog* con la correa, y dirigiéndose a esa mesa atestada de celebridades literarias y artísticas, de la que non atrevíamos, de momento, a levantar más que una mirada trémula. Ahora este hombre, que Donatello consiguió acercar e informar de nuestras intenciones, había prometido para el día siguiente visitar nuestra redacción. Allí nos trajo un manuscrito suyo, además de acompañar a un sacerdote francés, gran poeta y muy amigo suyo, Louis Le Cardonnel⁵, que estaba de viaje por Italia y del que acababan de aparecer los *Poèmes*, publicados por la editorial *Mercure de France*, que en sus ediciones amarillas, desde los escaparates de los librerías, deslumbraban hasta a escritores en ciernes como nosotros.

Así es que Sergio me preguntó:

– ¿Tú conoces a Le Cardonnel?

– Yo no, quizás Donatello...

De hecho, Donatello sí estaba enterado, pues dijo:

– Es un cura que en Francia consideran un gran poeta. Incluso Vannicola le tiene en gran estima. Parece que tiene dos pasiones: la poesía y el *pernod*. En todo caso, es un ilustre escritor francés que viene a nosotros: y ésto tiene su importancia...

Nos despedimos después de haber concertado una cita para el día siguiente en mi casa, donde podríamos recibir a invitados de semejante talla, ya que esa misma noche cada uno de nosotros sintió que, definitivamente, se nos había incorporado a la literatura italiana, si no directamente a la europea.

III.

El día después nos vimos en la redacción de las *Crónicas latinas*, es decir, den de mi dormitorio, donde, tras largas discusiones familiares que dejaron a mi madre muy preocupada, había obtenido la autorización para albergar al equipo de la redacción de la revista. Condiciones: nada de hacer alboroto y sobre todo, bajo ningún concepto, ni una invasión a las habitaciones adyacentes habitadas por la familia o a la sala de espera, en la que los enfermos venían a consultar a mi padre, oftalmólogo. En las habitaciones de la casa mis amigos podrían, además, verse con mis hermanas, ya señoritas; según mis padres había que evitar contactos como estos; tampoco los clientes de mi padre, gente seria y preocupada por sus males, deberían verse mezclados con gente de asuntos turbios como los literatos. Si yo y mis compañeros no respetábamos estas condiciones, el permiso sería revocado de inmediato.

³ Luigi Tosti, (1811-1897) beneditino de noble familia calabresa, fue un apriado historiador.

⁴ Giuseppe Vannicola, músico y escritor, activo en aquellos años entre Florencia y Roma.

⁵ Le Cardonnel, poeta francés (1862-1936). Amigo de Verlaine, fue frecuentador de los círculos simbolistas y colaborador de numerosas revistas. Fue ordenado sacerdote en 1896.

Mi dormitorio, convertido en la oficina editorial de la revista, era irreconocible... los fascículos de la facultad de derecho, que hasta el día anterior abarrotaban el pequeño escritorio, habían acabado entre la lencería invernal acumulada dentro del último cajón de la cómoda. Con la ayuda de Gino, las paredes estaban recubiertas por imágenes y retratos a juego con la nueva función a la que se había destinado el cuarto. Pegado a la puerta, el dibujo en blanco y negro que un joven artista nos había propuesto para la portada principal de las *Crónicas latinas*: dos enormes hipogrifos estirados en movimiento hacia misteriosas lenguas de fuego y montados por dos jóvenes cuyos rostros, deformados como los descritos por el *Alighieri* y medio escondidos por las alas de los monstruos, estaban agachados sobre la llama de dos lámparas que el viento de la carrera amenazaba apagar en cada momento. (Entre nosotros se discutió mucho acerca del significado de aquellas lámparas y del valor simbólico de aquellas lenguas de fuego cuyo lugar de origen era desconocido, aunque Alberto fue el que se quedó más perplejo; luego, sin comprender demasiado y persuadidos por la elocuencia análogamente hermética de Donatello, acabamos sucumbiendo al encanto de esa zarabanda de llamas, viento y vuelos, aceptando el dibujo, de este modo, de manera entusiasta.) En la pared más ancha de la habitación estaba colgada una reproducción enorme del *Beethoven* de Balestrieri⁶, pintura famosísima en ese entonces y, más abajo, retratos de pintores y poetas: un Baudelaire retratado por Carrère⁷, arrancado, recuerdo, de una edición francesa de los *Fleurs du mal*, un Gabriele D'Annunzio entre una fila de galgos, y para concluir, un cuadro de Genua⁸ en el que se representaba a Giovanni Papini sobre el fondo de un cielo tormentoso. Por encima de esta suerte de altar de nuestra religión de jóvenes poetas, aunque mucho más arriba y casi en el techo (fue necesaria la agilidad simiesca de Gino para encaramarse hasta allí) se hallaba la usual mascarilla de Beethoven, vendida por poco dinero por uno de esos vendedores dibujantes que exponen su mercancía en las esquinas de los edificios. Lo mostraba revuelto en una mueca estereotipada de durmiente, seguramente por haber sido interrumpido su eterno sopor, y revestido todo de un lúgubre blancor de lápida sepulcral.

Pero al pie del altar, es decir, sobre el mármol de la cómoda, qué desorden colorido... un par de corbatas enrolladas y un chafado cuello de camisa desmontable entre un fichero de direcciones y un paquete de pruebas de imprenta; mi cepillo para el pelo justo sobre *La sagesse et la destinée* de Maeterlinck; mi peine como marcapáginas de uno de los primeros volúmenes donados a la revista que aún no había salido pero que ya empezaba a ser conocida gracias a nuestra propaganda... Mas, ¿cómo impedir esa confusión y esa mezcla de la miseria de mi vida cotidiana con la austeridad de templo del arte y del pensamiento, que nos hubiera gustado darle al lugar, si a pesar de todo ésto, seguía siendo mi cuarto de dormitorio? Precisamente hoy, ya que se esperan a invitados tan considerables, hay que hacer desaparecer esta fealdad. Donatello lo dijo de inmediato tan pronto como entró echando un vistazo a su alrededor; mientras tanto Sergio, que había llegado antes que él con Alfredo, parecía divertido y casi conmovido por esa mezcla... tanto que, con los codos apoyados en el mármol de la cómoda, se detuvo a examinarla un poco sonriendo callado. Colocamos luego para él, entre el escritorio y la ventana, el único sillón de mi cuarto; y desde allí Sergio controlaba a Donatello, que se afanaba en despejar la

⁶ Lionello Balestrieri, (1872-1958) pintor italiano, estuvo en París desde 1894 donde se hizo amigo de Vannicola.

⁷ Eugène Carrière, (1849-1906) alumno de Cabanel. Pintor y escultor, famoso por sus retratos.

⁸ Guglielmo Genua, (1885-1959) pintor, dibujante y autor de textos literarios.

cómoda de los objetos “indecorosos”, los cuales terminaron guardados en el último cajón, tal y como recomendó el consejo del esteta del grupo. Siempre desde allí, él era el primero a ver, de vez en cuando, abrirse la puerta que estaba justo delante de la ventana para ver entrar uno a uno de sus compañeros, los cuales iban a sentarse donde podían, incluso hasta encima de la cama. Sin embargo, Sergio quizás no se daba cuenta, al contrario de mí, de que esa puerta, cada vez que entraba alguien, se quedaba apenas abierta, lo suficiente para dar un vistazo hacia el interior de la habitación a quien estuviera detrás de la misma, y enseguida se volvía a cerrar. ¿Quién nos vigilaba?

Todos los compañeros estaban ya allí, aunque destacaba el afán de Donatello por decirnos algo muy importante que había estado ponderando durante un tiempo: empezó a recorrer toda la habitación con un ritmo nervioso, parándose algunas veces como para repetir para sí el discurso que quería dirigirnos. Finalmente estalló:

– Muchachos, el periódico de ayer informaba de la muerte de un escritor, una noticia a la que siguieron unos panegíricos que podrían justificarse solamente si Italia hubiese perdido un gran poeta...

Sergio no debía de haber leído los periódicos de ayer, visto que se inclinó hacia adelante con curiosidad; sin embargo, los labios de Antonello ya habían sido marcados con el nombre del escritor al que se refería nuestro compañero, y éste último tenía pinta de estar a punto de atrapar ese nombre de su boca cuando el otro declaró:

– Severino Ferrari, ya... Ahora nosotros, revista literaria, no podemos ignorar el acontecimiento; frente a las fútiles idolatrías tenemos que tomar una clara posición ahora mismo. Dado que somos jóvenes y miramos sobre todo hacia el futuro, no debemos tolerar exaltaciones relacionadas con una forma de poesía muy desusada como la de Severino Ferrari. ¿No os parece?

El tono del asentimiento a estas cuestiones generales fue tal que se podría asumir que cada uno de nosotros conocía íntimamente la obra del fallecido. ¡Pero ni hablar! Lo que nos seducía era el ímpetu elocuente del muy joven esteta y, por la felicidad de escucharle, le habríamos permitido cualquier herejía. Donatello le escuchó y aprovechó.

– Gran amigo de Carducci, Severino Ferrari; pero, ¿esto es suficiente para ser considerado un gran poeta? Ya... yo incluso tengo dudas sobre la grandeza de Carducci mismo...

Esta afirmación Alberto generó una inmediata sacudida y enseguida el otro, dirigiéndose específicamente a él:

– Lo entiendo: para ti y tus compañeros de despacho eso es un Dios; sin embargo, aquí no se trata de Carducci. Aquí se trata, por parte de nosotros, jóvenes, de tomar una posición clara frente a ciertos melindres burgueses. Por consiguiente, propongo que este escritor sea recordado en una concisa apostilla y que se especifique que, sobre todo, fue un hombre dócil y amable, erudito antes que poeta, y, por último, que el silencio del que estaba rodeado en la vida no fue injusto con él...

Todos llevábamos un rato esperando a que Sergio se pronunciara; pero Sergio, hundido en el sillón, no habló. Escuchó con atención las divagaciones de Donatello, pero permaneciendo ajeno a lo que pasaba en esta habitación, separado de todos nosotros por esa extraña sonrisa que le había iluminado el rostro desde que entró. Luego, adoptó una expresión semejante al recelo. Se diría que todo eso no le parecía que tuviera nada que ver con la poesía...

En poco tiempo, él también se vio obligado a salir de esa absorta inmovilidad. Se oyó escarbar en la parte inferior de la puerta, como si un perro estuviera

intentando entrar; y al instante se oyó la voz de Vannicola que sujetaba al animal. Entonces, el violinista apareció en el umbral. Detrás de él estaba el sacerdote francés. Los dos tipos eran cada uno la antítesis del otro: el violinista poeta estaba tan pálido, espiritado y casi céreo, que parecía apenas sostenerse sobre los pliegues del traje muy elegante. Al igual que el sacerdote, traía muy iluminado el rostro. Este, a quien acababa de ceder el paso, pronunció en voz alta su nombre añadiendo de inmediato “*Notre exquis poète...*” dirigiéndose a todos nosotros.

Luego Vannicola nos presentó a su amigo, uno tras otro con una sonrisa y una palabra para cada uno. Pero cuando le tocó a Sergio, el extranjero añadió:

– *J'ai lu, j'ai lu. Vous êtes vraiment un poète, mon jeune homme! Vous avez le don, mon cher...*

Y quiso que Sergio se sentara a su lado, y le habló mucho tiempo, en voz baja, susurrando como en un confesionario. A poca distancia de los dos, Alfredo y yo, contemplando discretamente la situación, estábamos tratando de entender algunas de las frases de ese diálogo: estábamos convencidos de que esa reunión estaba marcando una fecha decisiva para Sergio y que, a partir de ese momento, “nuestro” poeta nos sería arrebatado, al haber sido convocado por la auténtica gloria de los poetas que no conoce fronteras. Estábamos felices y orgullosos de ello; pero dentro de nosotros, aunque nunca nos atrevamos a confesárnoslo, surgió un inesperado y oscuro sentimiento de envidia, porque después de todo, nosotros dos también éramos poetas y nadie se había dado cuenta todavía de que lo éramos...

Desde el vano de la ventana, ocupado hasta hacía poco por Sergio, emergió la voz de Vannicola, quien se llevó a nuestros compañeros hasta allí para leerles el poema en prosa ofrecido como regalo a la revista. Sacamos algunas frases, moduladas por el orador con esa extraña entonación de un niño enfurruñado: “Y las hojas, que descienden de las ramas y no saben dónde posarse, tal vez sufren...” o “Como una hostia bendita, la luna resalta sobre el canto meditado y quieto de la noche” o “La música, esta fluidez de todas las artes, ¿quizá no expresa la verdadera presencia escondida, la Eucaristía que simboliza la oclusión de Dios?” y por cada frase nos llegaban las exclamaciones de estima de Donatello. Pero cuando nos giramos hacia el grupo, nos sorprendió el rostro de nuestro compañero sardo que, atento y pegado al orador, contraponía su ardiente salud de muchacho isleño con la palidez atormentada del violinista. Debido a que ese mismo día había participado por primera vez en la actividad del cenáculo, parecía preguntarse a qué mundo tan extraño lo había arrastrado su pasión de veinteañero de las letras.

Mientras tanto, Donatello se alejó de la ventana, seguido por los demás, se paró en medio de la habitación y leyó el sumario ya terminado. Entonces exclamó con impetuosidad:

– *Alea jacta est*: a los lectores italianos, que se muestren dignos de este trabajo de jóvenes por la poesía...

Hubo un fuerte aplaus, para el que mi habitación parecía demasiado limitada. Louis Le Cordonnell sonrió de una manera ambigua, y la misteriosa puerta se abrió esta vez más de lo habitual, como si alguien se hubiese decidido finalmente a entrar.

Cuando la reunión terminó (ya casi era la noche) tuve la explicación de la continua apertura de la puerta.

– ¿Quién es –me preguntó mi madre, reteníendome en la puerta de la casa, mientras los demás ya estaban en las escaleras– ese señor con el perro, macilento como un fantasma, que dice cosas tan insólitas? ¿Y quién es ese cura que dejó un extraño olor de aguardiente? ¿Con qué clase de gente te juntas, hijo?

IV.

Las *Crónicas latinas* no tuvieron éxito. Ocasionalmente, en los primeros días después de la publicación de la revista, se podía ver a algunos de nosotros curioseando a distancia por los comercios para comprobar si el montón de copias que quedaban había disminuido, e incluso, animados por una fácil ilusión óptica, se nos veía acercarnos con el aire sospechoso y vigilante del malhechor e interrogar al hombre o a la mujer del quiosco. No faltó quien, para no escuchar siempre la humillante respuesta de “Va mal...” recurrió a la estratagema de pararse en un café cerca del quiosco, mandar al camarero a comprar la revista y presentarse al comerciante unos instantes después, con la cara más alegre del mundo, para preguntarle si las *Crónicas latinas* se empezaban a vender...

¡De ninguna manera! Una semana después de este gran acontecimiento de la cultura literaria romana, los montones de copias estaban más o menos intactos en los comercios. El ejemplar que habíamos lanzado para aquietar nuestras reiteradas protestas en contra de un presunto boicoteo, mostraba en la portada principal los enormes hipogrifos inútilmente descoloridos por el sol.

Hasta que –y lo recuerdo como si fuera ayer– en la ciudad estalló una de esas furiosas tormentas que de repente surgen de la serenidad más compacta del cielo en verano. Los monstruos alados terminaron ahogándose miserablemente en las esquinas de las calles sumergidos en una sucia basura, descoloridos de verde y amarillo. De una vez para siempre se apagaron las lámparas que los dos obstinados caballeros luchaban por proteger del viento de la carrera.

Pero no fue sólo la indiferencia del público y el fracaso absoluto lo que nos disuadió de continuar con la publicación de la revista; sino que fue, sobre todo, la sensación de que Sergio, aunque efectivamente se había interesado en un principio por el asunto, parecía divertido y se había dejado guiar a nuestras primeras reuniones, poco a poco se mostraba cada vez más ajeno a las actitudes combativas de muchos de nosotros y fastidiado ante las preocupaciones de tipo práctico que nos atormentaban. Casi como si se hubiera sentido amenazado y contaminado por la confusión y las ansiedades que él consideraba como lo más distante de su pura pasión de poeta.

Un verano romano milagroso: con esas largas horas del día que parecían desbordarse de tiempo incontenible, con esas primeras horas del atardecer que consumían la luz tan lentamente hasta el punto de que cada una se apagaba en un espasmo de eternidad ya casi alcanzada, con esas divinas horas nocturnas que arrojaban su manto de estrellas sobre las calles y plazas y, aboliendo el perfil habitual, introducían tanto espacio y tanto tiempo que el espasmo de las últimas horas del día se convertía en una plena certidumbre. La vastedad de la ciudad, que ya no tenía fronteras, podía reflejarse orgullosamente en el cielo abierto que se levantaba encima de sus murallas y dos caras diferentes de lo eterno parecían ser comparadas.

Sergio conocía bien ese rostro nocturno de su Roma y, trepidando, lo contemplaba: casi bochornoso por bordear la inmortalidad con ese salto de vida tan efímero que aún lo mantenía en pie, por acercarse a una hoguera inconsumible sosteniendo una llama que estaba a punto de apagarse, o bien como una ilusión repentina de que la ciudad no podía negar un don de vida a quien mostraba que la amaba tan locamente. Estos eran raros momentos de éxtasis. Entonces se veía al adolescente bordeando la pared de la casa más cercana o las columnas de una iglesia,

tocando ese mármol o esa pared y acariciándolos como carne humana, para reanudar inmediatamente el camino entre nosotros que ya nos estábamos preguntando: “Pero ¿por qué Sergio se para, qué hace?”, renovado por ese contacto y enriquecido por un nuevo impulso de vida.

Un atardecer de ese verano que ya estaba desapareciendo y en que el Ave María ya no flotaba como antes en un lago de luz tranquilo y claro, él nos dijo a mí y a Alfredo, de quienes prefería tener compañía:

– Este año el acortamiento de los días casi me asusta: a mí también me deja sin palabras la noche que cada día cae más rápidamente...

Y en una de las primeras noches de octubre, aún tibias y nítidas:

– He amado y disfrutado este verano como ningún otro. Me pregunto por qué.

Trepidación y presagio que, si bien él no se percibió o al menos no mostró signos visibles de ello, provenían de un repentino empeoramiento de su enfermedad. A finales de octubre, el médico y el padre, que entretanto había regresado a su familia, le acompañaron a una casa de reposo junto al mar, para que pudiera pasar el invierno allí.

Traducción de Carlotta Bonsegna